

1923, Puig i Cadafalch se despediese de Primo de Rivera solicitándole que fuese «un Milans del Bosch para todo el país».

Esta deriva reactiva de la familia se confirmó durante la Dictadura (Joaquín fue nombrado gobernador civil de Barcelona en 1924), se agudizó durante la República (cuatro de sus hijos se acogieron al retiro establecido por la «Ley Azaña») y alcanzó su paroxismo en los años de la guerra civil, en la que Joaquín fue fusilado mientras su nieto Jaime luchaba en el Alcázar de Toledo, donde hoy está enterrado. Legionario, divisionario en Rusia y luchador ocasional contra el maquis, este último teniente general de una familia repleta de entorchados quedó vinculado para siempre a su gestión personalista al mando de la División Acorazada Brunete (donde ya amenazó con «sacar las tropas a la calle» tras la legalización de PCE) y su implicación directa en el golpe de Estado de 1981, acontecimiento disecionado con pericia por Cardona, que tiene un amplio conocimiento de los entresijos administrativos, políticos y psicológicos del ejército español de aquella época.

De esta saga familiar que casi compendia la historia del ejército español contemporáneo se pueden extraer varios puntos de coincidencia, donde destaca una fuerte presencia de la tradición castrense trufada de heroísmo cuando las circunstancias lo requerían, y ello a pesar de haber formado parte de tan denostado «Ejército de Madrid» alejado de las campañas coloniales. Quizás por esa circunstancia, voluntariamente escogida, los Milans mostraron desde primera hora una ambición personal lubricada por las buenas rela-

ciones (las de Francisco con el capitán general Luis Lacy, de Lorenzo con el general Prim, de Joaquín con Fernando Primo de Rivera o de Jaime con el rey Juan Carlos), pero lastrada por una persistente tentación al intervencionismo político que llevó al exilio a Francisco y a Lorenzo, al asesinato de Joaquín y a la cárcel a Jaime.

En la masía de Sant Vicenç de Montalt, que se divisa siempre al fondo de la historia, había hasta épocas recientes una pieza de artillería que apuntaba el camino de acceso, y que los Milans empleaban en «juegos» como atrapar al vuelo una bala disparada con escasa carga de pólvora. Hoy en día esta combativa familia de payeses reconvertidos en guerreros de Caballería ha dejado de ser predominantemente militar, pero los «Milanos del Bosque» siguen cultivando esta leyenda de extrema combatividad: una familia al pie del cañón.

Eduardo González Calleja
CSIC

MOSSE, George L., *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich*, Madrid, Marcial Pons, 2005, 286 págs.; GENTILE, Emilio, *Fascismo. Historia e interpretación*, Madrid, Alianza Editorial, 2004, 325 págs.; EVANS, Richard J., *La llegada del Tercer Reich. El ascenso de los nazis al poder*, Barcelona, Península, 2005, 669 págs.

El amplio interés público que suscita el fascismo genera sin cesar una ingente bibliografía, que suele llegar a España de forma tardía y fragmenta-

ria. De ahí la importancia de traducir obras que, como la de Mosse, ha sido enormemente influyente entre los especialistas anglosajones, italianos o alemanes dedicados a la historia de entreguerras, impregnados de conceptos suyos como «brutalización», «trivialización» de la experiencia de guerra (véase su obra *Fallen Soldiers*, 1990) o «nacionalización de masas». A este último asunto responde la presente recopilación de ensayos, editada originalmente en 1975, y que en su momento supuso un giro radical del trabajo del autor hacia una historia cultural menos atenta a las ideas políticas que a las representaciones colectivas. En esta obra de referencia, que contó con el asesoramiento nada menos que de Albert Speer, Mosse desarrolló el concepto de «religión secular» para designar los actos políticos que los fascismos convirtieron en la dramatización de los mitos y cultos de una nueva creencia colectiva. En su opinión, la conjunción de la idea rousseauiana de «voluntad general» y de la moderna conciencia nacional generó un ritual sincrético que se tornó en una religión secularizada con el desarrollo de una liturgia nacional-popular cuyo origen hace arrancar de la Revolución Francesa. En esa línea de interpretación, el movimiento nacionalista alemán ya había adoptado la fisonomía de una religión secular mucho antes de que las convulsiones morales de la Gran Guerra dejaran expedito el camino a un culto de la comunidad nacional-racial que alcanzó su paroxismo durante el Tercer Reich. Con esa predisposición relativista, y anticipándose a los hallazgos de los «lugares de memoria» de Pierre Nora, Mosse repasa asuntos como el

desarrollo de una estética clasicista, el gusto por el monumentalismo de simbología germánica romántica, los festejos públicos que se arrogaron el monopolio de lo sagrado, o las instituciones que fueron decisivas para la preservación y el enriquecimiento de esta nueva religión secular, como las asociaciones patrióticas, gimnásticas, juveniles, musicales, paramilitares y obreras. La conjunción de monumentos nacionales y festejos públicos proporcionó los mitos y símbolos de una liturgia nacional que Hitler no inventó, sino que aprovechó, depuró y estilizó en su provecho, imponiendo el gusto por la impresión y el ceremonial de un espacio colectivo cuya sacralidad dominaba sobre su funcionalidad. Esta indagación en las raíces simbólicas del nacionalismo, racismo y antisemitismo nazi resulta, además, muy reveladora en la actualidad, donde los usos políticos del espacio público siguen generando polémica con el monumento al Holocausto inaugurado junto al antiguo Reichstag berlinés.

Uno de los historiadores que ha utilizado con mayor rigor el concepto de «religión secular» es Emilio Gentile, probablemente el más destacado especialista italiano actual sobre la historia del fascismo. Si bien el presente ensayo recopilatorio podría ser visto como una obra menor en su abundante bibliografía, centrada en la ideología fascista (*Le origini dell'ideologia fascista*, 1975), las relaciones entre partido y Estado (*Storia del partito fascista*, 1989; *La via italiana al totalitarismo*, 1995) o la sacralización de la política (*Il culto del littorio*, 1993; *Le religioni della politica*, 2001), su ambición resulta muy notable, ya que ella se propone definir uno de los conceptos políticos más

trascendentales, pero a la vez más imprecisos de los generados en el siglo XX. Gentile combate sin tregua las corrientes intelectuales proclives a la «desfascistización», entendida como «deshistorización» del régimen mussoliniano, que asevera el presunto carácter epifenoménico de un movimiento que, en la particular visión de esta tendencia revisionista, no fue sino la secuela contingente y extrema de procesos más definidos, como el anti-proletariado burgués, el nacionalismo extremo, la crisis moral de entreguerras o los problemas suscitados por la irrupción de la sociedad de masas y el avance del proceso de modernización. Por el contrario, Gentile restituye al fascismo su individualidad histórica como fenómeno político rabiosamente moderno, nacionalista, revolucionario, totalitario, racista, imperialista y antiliberal, y para ello articula su argumento en dos grandes bloques temáticos. La primera parte es una introducción a la historia y a las interpretaciones del fascismo, rematada con una propuesta muy concreta de definición del fenómeno desde su triple dimensión organizativa, cultural e institucional. El segundo bloque de ensayos aborda cuestiones puntuales como el carácter revolucionario y modernista del fascismo, su ideología, su carácter totalitario o su plasmación como religión política a través de mitos como la exaltación de la figura de Mussolini o la aspiración a construir un «hombre nuevo». Todo ello hace de la obra de Gentile una excelente introducción al tema, quizás la mejor disponible en este momento en castellano, al apostar por un estudio más realista y complejo de la naturaleza del fascismo como fenómeno eminentemente histórico.

La obra de Evans sobre los antecedentes históricos de la llegada al poder del nazismo sigue la misma senda de alta divulgación propuesta por Gentile para el caso italiano. Este profesor de la Universidad de Cambridge, que con Ian Kershaw y Michael Burleigh forma el grupo más selecto de especialistas británicos sobre el régimen nazi, nos propone el primer tomo de una monumental trilogía sobre los 75 años que van de la proclamación del Segundo Reich a la caída del Tercero. Tarea ingente, si tenemos en cuenta que hasta el año 2000 se evalúan en 37.000 los títulos aparecidos sobre historia del nazismo, lo que transforma cualquier pretensión de síntesis en una aventura titánica pero no menos necesaria. Este volumen inicial, que arranca de la victoria de 1870 y finaliza con la *Gleichschaltung* (la coordinación socioinstitucional forzosa impuesta por los nazis) de 1933, Evans plantea un enfoque alternativo al biográfico de Kershaw y el moral de Burleigh. Aquí predomina el tono testimonial, que trata de reproducir el modo en que los alemanes percibieron las situaciones a las que se enfrentaron. Es preciso advertir que el autor comparte la tesis de la continuidad de la historia germana contemporánea (ya expuesta por Fritz Fischer a inicios de los sesenta al estudiar los objetivos belicistas de la Alemania guillermiana), centrada en las ocasiones perdidas por el liberalismo ante el autoritarismo bismarckiano y el militarismo prusiano. De esta suerte, el «descenso al caos» de la posguerra mundial no hizo sino agudizar las tendencias profundas de la cultura política germana, donde el nacionalismo radical dominante

permitió conectar los resentimientos de la «generación del frente» con las frustraciones de las nuevas generaciones. Y todo ello, como se observa en la segunda parte del libro, en un contexto democrático crecientemente debilitado, que fue incapaz de frenar el ascenso de un movimiento que respondía a la sensibilidad ultranacionalista y antisemita de muchos alemanes. Tras una disección de las principales personalidades del partido nazi y de las actitudes de su militancia (basadas en la compilación de testimonios realizada en 1934 por el sociólogo americano Theodore Abel y luego utilizada por Peter H. Merkl), Evans concluye que la llegada de Hitler al poder consumó una auténtica «revolución de la destrucción», por la naturaleza ilegal y violenta de la toma del poder, y por el carácter de utopía racial destructiva que tuvo su práctica política.

Eduardo González Calleja
CSIC

VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*, Barcelona, Crítica, 2006, 551 págs.

Este libro es de los que contribuyen a afianzar a uno en el ejercicio de su profesión, la de historiador, y cuya lectura ayuda alejarse de la idea o la sensación muy extendidas desde hace años de la llamada «crisis de la historia». En este caso vale la recomendación que en su día dio Santos Juliá, cuando dijo que para salir de la crisis lo mejor era negarla y seguir trabajando con los materiales y los métodos que le son propios, es decir,

los de las ciencias sociales, que después explicitó de forma sistemática Julio Aróstegui.

La soledad de la República es un libro de tesis que está expresamente formulada en el subtítulo, *el abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética* en los primeros meses de la guerra civil, que es el lapso de tiempo analizado con profundidad en esta obra, aunque a la vez se ha de decir que el autor la presenta como la primera parte de una trilogía en la que hallarán su espacio las complejas relaciones internacionales entre los países que se implicaron a lo largo del conflicto. Pero como libro de tesis hay en él no sólo documentación, análisis y mucha reflexión sino también debate: con los revisionistas, es decir, con aquéllos que, con gran éxito editorial, han traducido al lenguaje actual los viejos textos propagandistas del franquismo, como la *Historia de la Cruzada* de Joaquín Arrarás, y los más modernos de Ricardo de la Cierva y Stanley G. Paine, a los que fundamentalmente niega el valor documental en los que se apoyan; y con otros historiadores y analistas con los que, a pesar de aplicar un estricto rigor intelectual en sus trabajos, no coincide en sus apreciaciones y valoraciones, como sucede con Pablo Martín Aceña, Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo y Enrique Moradiellos.

A medida que se avanza en la lectura de este libro sorprende el acervo documental en el que se apoya, que procede de los archivos ingleses, franceses, de la propia República, sobre todo los de Juan Negrín, y muy especialmente de los de la URSS. Estos últimos eran inéditos en su mayoría, y de ellos no sólo se ha obtenido